

al foro.) ¡Bernardo!..... (Volviéndose y viendo la nueva colocación de muebles y la maleta y la manta de don Francisco.) ¿De quién es este equipaje? Pero ¿qué desórden de muebles es este? ¡Un sombrero! (El de don Francisco.) ¡Y una americana! Pero ¿de quién son estas prendas? Siento ruido..... ¡ay, Dios mío! ¿Será el portero? (Se dirige á la primera izquierda en el momento en que aparece don Francisco.)

ESCENA IX.

CAROLINA y DON FRANCISCO, que sale por la primera izquierda con una mecedora.

FRAN. (Estaba en el comedor.)
 CAR. ¡Jesús! ¡Un hombre aquí! (1) (Retrocede asustada hasta la derecha de la escena. Al huir, deja caer un guante en el sitio que ocupaba antes el costurero.)
 FRAN. ¡Huy! ¡La inquilina! ¡La esposa de Pepel!
 CAR. (¿Quién es este hombre?)
 FRAN. Se.... señora.
 CAR. ¡No.... no, por Dios!.... No se acerque usted.
 FRAN. (¿Qué compromiso!) Señora.... yo....
 CAR. ¡Ladró!..... (Aterrada.)
 FRAN. No.... no ladre.... digo.... no grite usted. Yo soy.... gente de paz.
 CAR. Que no se acerque usted ó llamo.
 FRAN. Pero, señora, si yo no me he movido.
 CAR. ¿Quién es usted? ¿Qué desea usted? ¿A quién busca usted?
 FRAN. Calma, señora, calma. No soy lo que usted se figura. Yo soy una persona decente, muy decente. (Deja la mecedora delante del velador.)
 CAR. (Pero ese portero....) ¡Bernardo!.....
 FRAN. No se moleste usted en llamarle. Le mandé yo á un recado; pero vendrá en seguida. El le dirá á usted quién soy yo.

(1) Carolina, Don Francisco.

CAR. Pero, ¿qué significa?... ¿Con qué derecho?....
 FRAN. Tiene usted razón, señora. Comprendo la sorpresa de usted. Yo también me he sorprendido mucho. No esperaba tener el gusto de verla á usted por aquí.
 CAR. Pero.....
 FRAN. Tranquílese usted. Vuelvo á repetirle que yo soy una persona decente, muy decente.
 CAR. (Sí; la verdad es que no parece lo contrario. Acaso alguna equivocación.)
 FRAN. (Ya se ha tranquilizado.) (Reparando en que está en mangas de camisa.) ¡Ay! Señora.... usted perdone.... (Al dirigirse á la butaca para coger la americana y el sombrero, Carolina da un grito y baja al proscenio derecha.) Ahora comprendo su extrañeza. Me había puesto así para dar más color local. (Se pone la americana.)
 CAR. ¡Ah! ¡Ya! ¿Es usted pintor?
 FRAN. No, señora. Yo aquí ya no pinto nada. ¿Ve usted? Ya parezco otro. [Con el sombrero en la mano.]
 CAR. Pues á mí, sigue usted pareciéndome el mismo.
 FRAN. Es natural. Usted no me conoce, y yo no puedo marcharme de aquí dejándola á usted en una duda mortificante para mi dignidad.
 CAR. No, si yo no....
 FRAN. Usted necesita saber por qué estoy aquí. Procuraré justificarme.
 CAR. (¿Qué tipo tan extraño!)
 FRAN. Pero, siéntese usted; no se moleste por culpa mía.
 CAR. Gracias, no.
 FRAN. Se lo ruego á usted, señora. Lo que tengo que decir es algo largo.
 CAR. Caballero....
 FRAN. Se lo suplico á usted. [Ofreciéndole la silla volante que está al lado de la chimenea y que coloca junto al guante que se le ha caído á Carolina. En seguida coge otra silla volante de la izquierda, y la acerca á la anterior. Carolina está en pie casi sobre el guante. Don Francisco lo ve y se inclina para cogerto. Al mo-

(2) Don Francisco, Bernardo.

- vimiento de don Francisco, Carolina da un grito y retrocede muy asustada.]*
- CAR. ¡Ay!
- FRAN. ¡Es el guante, señora! Se le ha caído este guante. [*Se lo da.*]
- CAR. ¡Ah! ¡Ya, muchísimas gracias! Usted perdone, pero yo.....
- FRAN. Siéntese usted, señora.
- CAR. Ya estoy sentada. Hable usted.
- FRAN. Gracias, señora. [*Se sienta cerca de Carolina. Esta hace ademán de levantarse; pero don Francisco la detiene con mucha finura.*] Tranquílcese usted..... yo soy.....
- CAR. Sí, ya lo sé; una persona decente, muy decente.
- FRAN. Muchas gracias. Usted me hace justicia. (Es muy simpática esta señora.) Celebro mucho conocer á usted personalmente.
- CAR. ¿Personalmente?
- FRAN. Sólo la conocía por el retrato. [*Indicando el de la chimenea.*]
- CAR. ¡Ah! ¡Y!
- FRAN. ¿Y Pepe? ¿Cómo sigue Pepe?
- CAR. ¿Eh?
- FRAN. Su esposo de usted.
- CAR. ¿Mi esposo? (Me cree casada. Mejor.) Está bueno, gracias.
- FRAN. Lo celebro tanto.
- CAR. Vendrá en seguida.
- FRAN. Me alegro.
- CAR. (¡Nada! ¡Ni por esas!)
- FRAN. Señora: [*Levantándose.*] ya que no tengo quien la haga, haré yo mismo mi presentación. (*Saca la cartera.*) Ahí tiene usted mi tarjeta. (*Dándosela.*)
- CAR. [*Leyendo.*] "Ambrosio Menéndez, canónigo de la catedral de Manila."
- FRAN. ¡Ah! Usted perdone. Esa es la de un compañero de pasaje. Aquí tiene usted la mía. Sí; esta es. (*Se la da.*)
- CAR. (*Lee.*) "Francisco Estéban."

- FRAN. Servidor de usted. (*Sentándose.*)
- CAR. «Almacenista de maderas en Ilo-Ilo.»
- FRAN. Ex-almacenista. Ya me he retirado de los negocios.
- CAR. Francisco Estéban..... Francisco Estéban..... Yo he oído hablar mucho del guapo Francisco Estéban. ¿No será usted?
- FRAN. ¿Guapo yo? No, señora; yo soy regular, nada más que regular.
- CAR. (¡Pobre señor! ¡Parece una buena persona!)
- FRAN. Usted, seguramente, se estará diciendo: «pero á mí, ¿qué me importará lo que me va á contar este caballero?»
- CAR. La verdad es que á mí.....
- FRAN. Sin embargo, señora, usted debe saberlo, y lo sabrá.
- CAR. Advierto á usted que no tengo ningún interés.
- FRAN. Mejor; así lo sabrá usted desinteresadamente y comprenderá lo desgraciado que soy.
- CAR. ¡Ah! ¿Es usted desgraciado?
- FRAN. Mucho, señora. Oiga usted la historia de mi vida.
- CAR. (¡Dios mío de mi alma! ¡Y me la va á contar!)
- FRAN. Si á usted le parece, no la tomaré de muy lejos.
- CAR. No; tómela usted de lo más cerca posible.
- FRAN. Yo pasé gran parte de mi juventud en Filipinas.
- CAR. Algo lejos está eso; pero en fin.....
- FRAN. Podría hablarle de mi niñez, pasada tranquilamente en Calahorra, el país de las latas de pimientos....
- CAR. No; déjese usted de latas, y volvamos á Filipinas.
- FRAN. Pues, bien; mi hermano y yo nos establecimos en Ilo-Ilo, y allí nos dedicamos á la exportación del monconó, del molave, del ipil, del yacal, del bana-bá, del guijo y del baticulín.
- CAR. ¿Y qué es todo eso?
- FRAN. Son maderas de construcción; nuestra especialidad. El negocio marchaba perfectamente, y hace ocho años salí del archipiélago y regresé á la Península. No dirá usted que no soy breve. He saltado veinticinco años y muchos miles de leguas.
- CAR. Así, así; salte usted, salte usted.

- FRAN. Me establecí en Madrid; y aquí vivía holgadamente con el dinero que mi hermano me remitía desde allá, cuando una noche..... ¡noche aciagal..... me enamoré perdidamente de Tula.
- CAR. ¿De quién?
- FRAN. De Tula, de la tiple que habitaba este cuarto.
- CAR. ¡Ah..... vamos! ¡Gracias á Dios! Ahora me lo explico.
- FRAN. ¿Usted ya habrá conocido á Tula?
- CAR. No, señor. La compra de estos muebles y el alquiler del cuarto, los hice por segunda mano; pero ya me han dicho que es preciosa.
- FRAN. Preciosa. No la han engañado á usted. Yo la conocí en *El fondo del mar*.
- CAR. ¿Dónde?
- FRAN. En una zarzuela de espectáculo.
- CAR. ¡Ah!
- FRAN. ¡Estaba divina! El traje de pez le sentaba admirablemente
- CAR. Lo creo.
- FRAN. Veinte noches estuve mirándola desde la primera fila de butacas, y veinte noches me dedicó platónicamente la romanza aquella del segundo acto...
(*Música á gusto del actor.*)
«La perla en la concha,
las algas marinas....»
- ¡La cantaba como un ángel! Por fin, á la veintiuna representación, al arrancarse para la fermata final, (*Hace la fermata.*) me dirigió una mirada significativa, como diciendo: «¡atrévase usted!»
- CAR. ¡Se necesita atrevimiento!
- FRAN. Pues yo me atreví. Y al día siguiente, vine á esta casa; subí, llamé á la puerta y.... (*Levantándose.*)
- CAR. ¿A dónde va usted?
- FRAN. A ponerlo en escena. Así lo comprenderá usted mejor.
- CAR. ¡Qué tipo tan original!
- FRAN. Ella estaba sentada aquí. (*Al lado del velador.*)
¿Tiene usted la bondad, señora?

- CAR. ¿De qué?
- FRAN. De sentarse aquí.
- CAR. ¿Para qué?
- FRAN. Para dar más verdad á la escena.
- CAR. ¡Pero, caballero!
- FRAN. Se lo ruego á usted.
- CAR. Bueno, hombre, bueno. ¡Qué paciencia necesito!
(*Pasa á sentarse al lado del velador.*)
- FRAN. Muchas gracias. (1) Pues, bien, Ella estaba sentada aquí, pero en una silla de Vitoria. Yo, después de anunciarme, (*Va al foro.*) llegué hasta el dintel de este puerta, y dije con timidez: «¿se puede?»— «Pase usted, caballero.»—me contestó con dulzura, —«pase usted.»—Y yo pasé..... pasé las de Caín, porque no me había visto nunca tan emocionado. Por fin, me hizo sentar aquí, junto á ella, (*Coge una silla volente y se sienta á la derecha de Carolina.*) en otra silla de Vitoria. Entonces no tenía más que sillas de Vitoria. Todos estos muebles se los compré yo luego. Yo no sabía qué decirle; ella me miraba sonriendo, así, como me mira usted ahora; y abandonándome una mano.... Abandónemela usted....
- CAR. ¡Señor Esteban!
- FRAN. Es verdad. Usted dispense. ¡Ah! ¡Qué entrevista aquella! Dos horas estuvimos hablando de nuestro amor y de nuestra felicidad, y luego comimos aquí juntos; y luego la acompañé al teatro; y luego....
- CAR. Salte usted, salte usted.
- FRAN. Saltaré, sí, señora. Siete meses pasé en esta casa, que ya no me pertenece, cuando un día recibí un telegrama urgente de mi hermano para que regresara inmediatamente á Filipinas. ¡Qué despedida la nuestra! ¡Cómo lloraba la pobrecilla!—«Vas á olvidarme» me dijo echándome los brazos al cuello.— «Eso nunca» le contesté yo con entereza.—«Pues déjame una prenda de tu amor.»—«Todas las que quieras.»—Y sacando unas tijeritas de aquel costu-

(1) Don Francisco, Carolina.

rero me cortó, sollozando, un mechón de pelo que yo llevaba sobre la oreja izquierda. — «¿Dónde podría guardar esto?» me preguntó mirando con insistencia mi chaleco. — «Aquí» la respondí; y me quitó, de la leotina, un magnífico medallón de brillantes que yo usaba como dije.

CAR. ¿Y ella le tomó el medallón?

FRAN. Sí, señora; ¡y el pelo! De ego me he convencido aunque tarde. Entonces creía en su amor, pero alarmado con el telegrama de mi hermano, salí inmediatamente para Barcelona, y allí tomé el vapor para Filipinas y..... hala, bala..... llegué á Ilo-Ilo.

CAR. ¡Hola, hola!

FRAN. Nuestro negocio estaba paralizado. Mi hermano se había metido en un pleito con los frailes.....

CAR. ¿Lo perderían ustedes?

FRAN. No, señora; lo ganamos. Ya vé usted si tendríamos razón. Seis años duraron las tramitaciones; pero al fin realicé mi fortuna, recogí mis ochenta mil duros y.....

CAR. (¡Ochenta mil duros!) ¡Pero deje usted el sombrero! Usted perdona. No había reparado. ¡Soy lo más distraída! (Va á la derecha y deja el sombrero sobre el «bureau.») (¡Ochenta mil duros!) (Arreglándose al espejo.) (1)

FRAN. (Levantándose.) Soy muy desgraciado, señora. Llego hace dos días á España creyendo encontrar aquí á la que amaba y decidido á poner á sus pies toda mi fortuna.....

CAR. (¡Qué lástima!)

FRAN. Cuando me entero de que la ingrata se ha burlado de mí de una manera indigna.

CAR. Pues no debe usted disgustarse, sino todo lo contrario.

FRAN. ¡Ah, señora! Es usted muy amable. ¿Verdad que yo no merecía ese pago?

CAR. Ni á esa mujer.

(1) Carolina, Don Francisco.

FRAN. Gracias, señora; pero yo la amaba. Aquí mismo se lo juré una vez: «El día que yo sepa que me engañas» — la dije: — «me levanto la tapa de los sesos.» Y estoy decidido.....

CAR. ¡Hombre, por Dios!...

FRAN. Estoy decidido á no hacer nunca juramentos de esta clase. Acabo de saber que me engañaba y, sin embargo, no tengo valor para suicidarme.

CAR. Como que sería una locura. Usted puede hacer feliz á una mujer. Es usted joven todavía. (Con mucha coquetería.)

FRAN. Cuarenta y siete años.

CAR. Yo le echaba á usted cincuenta.

FRAN. Veinte años en Filipinas envejecen á cualquiera.

CAR. Pues parece que está usted muy sano.

FRAN. Eso creo yo. Los médicos, sin embargo, se empeñan en que tengo no sé qué cosas en el hígado.

CAR. Pues póngase usted en cura.

FRAN. ¿Para qué? Si me encuentro perfectamente. Y además, como dicen que lo que es bueno para el hígado es malo para el bazo.....

CAR. (Rtendose.) Es verdad; tiene usted razón.

FRAN. Adi s, señora. (De pronto.)

CAR. ¡Cómo! ¿Se marcha usted tan pronto?

FRAN. Ya he abusado bastante.

CAR. De ninguna manera. (¡Ochenta mil duros!...)

FRAN. (Que á ido á la maleta.) Va usted á permitirme este obsequio. (Sacando un gran paquete que ocupa casi uno de los departamentos de la maleta.)

CAR. No; e o no... de ningún modo. (¿Qué será?)

FRAN. Yo la ruego á usted que lo acepte. (Entregándose.)

CAR. Pero, ¿qué es esto?

FRAN. Cuatro docenas de abanicos japoneses.

CAR. ¿Y qué voy á hacer yo con tanto abanico?

FRAN. Pues... abanicarse. Son legítimos. Guárdelos usted como un recuerdo.

CAR. Muchísimas gracias. (Va al foro y deja el paquete sobre la butaca.)

FRAN. Con su permiso. (*Cogiendo el sombrero que estará sobre el "bureau."*) Voy aquí cerca á hacer una visita que me encargó un amigo de Manila (1). Ese también piensa como usted.

CAR. ¿Qué?

FRAN. Que puedo hacer feliz á cualquiera mujer.

CAR. ¿Y qué duda tiene? A lo mejor se encuentra usted con una muchacha que le guste y se casa usted á escape.

FRAN. ¡Ah, señora! Esas bodas así, tan de repente, no ocurren más que en el teatro, en esas comedias de dos personajes: un galán y una dama que se encuentran casualmente en una fonda, en una casa de baños, ó en una estación de ferrocarril. El es un abogado ó un artista; ella una viuda joven y guapa. Hablan durante media hora de esto, de lo otro y de lo de más allá; pero, al fin, él se declara, ella dice que sí, y se casan y cae el telón. En la vida real no pasa eso, señora. En el mundo abundan los artistas y los abogados; pero escasean mucho las viudas jóvenes.

CAR. ¿Cómo! ¿Cree usted?.....

FRAN. Sí, señora; escasean por lo mismo que son el ideal. La joven soltera que se casa, va al matrimonio á ciegas, y puede quizás arrepentirse de su enlace; pero la viuda que reincide..... ¡Ah, señora! Esa ya sabe á dónde va, y al casarse por segunda vez, demuestra que conoce á fondo las dulzuras de la vida de casada. Ahí tiene usted por qué son tan solicitadas las viudas jóvenes.

CAR. ¿Y los viudos?

FRAN. Esos abundan bastante; pero reinciden rara vez. Y sobre todo, señora, que el viudo que se casa no lo hace más que para vengarse en la segundada de todo lo que le haya hecho sufrir la primera. Créame usted, señora, no se case usted nunca con un viudo. Sería una lástima.

CAR. ¡Pero, caballero, olvida usted que yo..... soy casada!

(1) Don Francisco, Carolina.

FRAN. ¡Ah! Sí; es verdad. (*Echando una mirada á los retratos de la chimenea.*) Me complacía en olvidarlo. Adiós, señora. He tenido muchísimo gusto.... (*Pasa á la izquierda á coger el equipaje.*)

CAR. Digo lo mismo (1). Esta casa es de usted.

FRAN. ¡Lo ha sido, señora, lo ha sido! (Lo dicho, es muy simpática.) (*Coge distraídamente el músico y la manta.*) A los pies de usted.

CAR. (*Riéndose.*) ¿Pero se lleva usted el músico?

FRAN. ¡Ay! Usted perdone. ¡Si no sé cómo tengo la cabeza! (*Deja el músico y coge la maleta.*) ¡Adiós, señora!

CAR. Beso á usted la mano. (*Al dirigirse don Francisco al foro, aparece Bernardo con una gran bandeja con los dos almuerzos.*)

ESCENA X.

DICHOS. BERNARDO.

BERN. ¡Don Paco! (*Muy contento.*) Aquí tiene usted los almuerzos. (*Sin ver á Carolina.*)

FRAN. Gracias (2). Pueden devolverlos. Adiós, señora.

BERN. ¡Eh! ¡Dios mío! ¡La señorita Carolina!

CAR. Adiós, señor Esteban..... (*Vase don Francisco.*) Vaya usted con Dios. (*Le acompaña hasta el foro.*)

BERN. ¿Cómo?..... ¿Se conocían ustedes?

CAR. Le he conocido ahora. Parece muy buena persona.

BERN. Y lo es; ya lo creo. Muy rico y muy decente y muy llanote. Como que me había convidado á almorzar con él,

CAR. Puede usted dejar ahí ese servicio. Tendré que esperar al tren de la tarde, y como la muchacha no está en casa..... ¿Supongo que no estará pagado?

BERN. No señora.

CAR. Lo aprovecharé yo. (*Va al foro.*)

BERN. Advierto á usted que me había mandado traer dos cubiertos.

(1) Carolina, Don Francisco.

(2) Carolina, Bernardo, don Francisco.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO M. YRIGORRI"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAR. Bueno, hombre, bueno; tendrá usted el suyo.
 BERN. Muchísimas gracias. (Ya creí que me quedaba sin mi ración de riñones.) (*Pone la bandeja encima del velador.*)
 CAR. (La verdad es que ese hombre me ha impresionado un poco. No sé si ha sido por lo de los ochenta mil duros..... No; no es eso. Su figura no es para enamorar á nadie; pero es un caballero tan simpático y tan fino y tan..... Creo que he hecho mal en fingirme casada. ¡Sí señor! ¡Ha sido una tontería! Porque quizás él..... Pero, en fin, ¡qué le vamos á hacer! La cosa ya no tiene remedio. (*Se sienta á la derecha.*))

ESCENA XI.

CAROLINA, BERNARDO y JUANA.

JUANA. ¡Señorita!..... ¿Usted aquí?
 CAR. Sí, hija, sí. Han variado la hora de los trenes. (1)
 JUANA. Ya lo sé. Si vengo de la estación de buscarla á usted, por orden de su tío.
 CAR. ¿De que tío?
 JUANA. ¡Toma! Pues, ¿no le ha visto usted?
 CAR. Pero, ¿á quién?
 JUANA. A su tío, el de Filipinas. Si estaba aquí hace un momento. [*Bernardo suelta la carcajada.*]
 CAR. ¡Ay, hija! Estas equivocada. Ese caballero no es mi tío.
 JUANA. Pues, señorita, yo lo hubiera jurado. [*Campanilla.*]
 BERN. Lllaman. Puede que sea el camarero. [*Vase por el foro.*]
 CAR. Ese señor, á quien venía buscando era á otra.
 JUANA. Pues podía haberlo dicho. Como no preguntó nada más que poi la señorita, y aquí no hay más señorita que usted.....

(1) Carolina, Juana, Bernardo.

ESCENA ULTIMA

DICHAS, DON FRANCISCO y detrás BERNARDO.

FRAN. (*Desde la puerta.*) ¿Se puede?
 CAR. ¡El! ¡Calla! Pase usted adelante. (*Levantándose.*)
 FRAN. (*Leyendo el sobre de una carta.*) "La señora doña Carolina Aguirre."
 CAR. Servidora de usted.
 FRAN. ¡Cómo! ¿Es posible? (*Soltando la manta y la manta, que cae sobre los pies de Bernardo.*)
 BERN. ¡Ay!
 FRAN. (*Bajando.*) ¿Con que es usted la viuda de Pega?
 CAR. La misma.
 FRAN. ¿Luego no es usted casada?
 CAR. Naturalmente.
 FRAN. ¡Oh felicidad! Pues si es para usted para quien traigo la visita de Manila.
 CAR. ¿Es de veras? (1)
 FRAN. Aquí tiene usted esta carta. Vengo de ahí cerca, de la calle del Olivar, número cincuenta y siete.
 CAR. Allí vivía hace un mes.
 FRAN. ¡Qué feliz casualidad!
 CAR. (*Abriendo la carta.*) De mi tío Manuel.
 FRAN. Justo; de su tío.
 JUANA. (*A Bernardo.*) (Ya pareció el tío.)
 BERN. (Lo que no va á aparecer es el almuerzo.)
 CAR. ¡Cuánto celebros!..... Pero siéntese usted.
 FRAN. Muchas gracias. (*Mira la silla volante de la izquierda, y va de espaldas á sentarse en ella. Bernardo, al oír la indicación de Carolina, acerca más la silla, volviéndose en seguida á hablar con Juana. Don Francisco, que cree que la silla está donde antes, va á sentarse y se cae al suelo. Hágase esto con la mayor naturalidad posible, para que la caída resulte justificada.*)
 CAR. ¡Jesús!
 BERN. }
 JUANA. } ¡Ay!

(1) Carolina, Don Francisco, Juana, Bernardo.

- FRAN. ¡No!.... ¡No es nada! (*Bernardo y Juana le ayudan á levantarse.*)
- CAR. ¿Se ha hecho usted daño?
- FRAN. No, no señora. El susto nada más. (*Se sienta en la silla.*)
- CAR. ¡Cuánto lo siento!
- FRAN. Lea usted; lea usted.
- CAR. (*Leyendo.*) "El dador de ésta, mi excelente amigo don Francisco Esteban, te entregará un recuerdo de mi parte."
- FRAN. (*Levantándose y acercándose á Carolina.*) Dos mil pesetas. (*Dádoselas. Vuelve á sentarse; pero antes tiene la precaución de mirar si la silla continúa en su sitio.*)
- CAR. ¡Tío de mi alma! "El señor Esteban es una persona....."
- FRAN. Ruego á usted que lea para sí. (*Levantándose, teniendo sugeto el respaldo de la silla con la mano izquierda.*) La carta venía abierta, y yo cometí la indiscreción de enterarme, y, naturalmente, los elogios de su tío pueden herir mi modestia. (*Vuelve á sentarse. Mientras Carolina lee, don Francisco habla aparte con Bernardo y Juana.*)
- CAR. Como usted guste. "El señor Esteban es una persona que merece todo mi cariño, y, por su posición y excelentes cualidades morales, puede hacer feliz á cualquiera mujer. No te digo más." (Y dice bastante.) "Espero tu contestación." ¡Señor Esteban! (*Don Francisco sigue hablando con Bernardo y Juana.*) ¡Señor Esteban! (*Bernardo le llama la atención.*)
- FRAN. ¡Ah, señora! (*Levantándose.*)
- CAR. Yo lamento muchísimo.....
- FRAN. Lo comprendo, sí, señora; no diga usted más. Me retiro ahora mismo. (*Medio nutis.*)
- CAR. No es eso, por Dios..... Escúcheme usted. Digo que lamento muchísimo que antes me haya usted hablado de su fortuna, porque en la contestación que yo dé á mi tío, puedo parecer interesada.

- FRAN. ¡Cómo!.... ¿Luego usted?....
- CAR. Yo soy viuda..... y joven.
- FRAN. El ideal, sí, señora; pero yo no soy artista ni abogado.....
- CAR. No importa. Merece usted el cariño del tío..... y de la sobrina.
- FRAN. ¿Es posible? ¡Tula de mi corazón! ¡Ay, usted perdóne! Esa mujer me tenía trastornado; pero ahora prometo olvidarla para siempre.
- CAR. De eso me encargo yo.
- FRAN. Si el haberle yo hablado de mi dinero hiere en algo su natural delicadeza, eso no será un obstáculo para nuestra felicidad.....
- CAR. Comprenda usted que.....
- FRAN. Sí, señora; comprendo sus escrúpulos, pero todo se puede arreglar. ¿Yo le he dicho á usted antes que había realizado un capital de ochenta mil duros? ¡Bueno! ¡Pues no lo crea usted!
- CAR. Pero, ¡cómo! ¿No es cierto? (*Alarmada.*)
- FRAN. Sí, señora, por fortuna lo es; pero le queda á usted el recurso de no creerlo.
- CAR. [¡Ah!]
- FRAN. De ese modo, su resolución será completamente desinteresada.
- CAR. Eso deseo. [¡Qué susto me había dado!]
- FRAN. ¡Crea usted que en este momento me considero el hombre más feliz de la tierra!
- CAR. ¿Y decía usted que estas cosas no pasan más que en las comedias?
- FRAN. ¿Qué quiere usted? Hasta ahora estuve *chiflado*. En adelante voy á volverme loco de alegría.
- CAR. Juana, llévate eso al comedor. (*Vase Juana con el almuerzo por la primera izquierda. Bernardo la sigue con la vista.*) ¿Supongo que me acompañará usted?
- FRAN. Con muchísimo gusto.
- BERN. (¡Estaba de Dios que hoy había yo de quedarme sin riñones!)
- FRAN. ¡Ay, señora de mi alma! ¡Ay, Bernardo de mi cora-

zón! ¡Anímate, hombre, anímate! No pienses tanto en tu Lorenza.

BERN. Crea usted que en este momento no me acordaba más que de los riñones salteados. (*Vase muy triste por el foro.*)

CAR. ¿Vamos? (*Ofreciendo el brazo á don Francisco.*)

FRAN. A sus órdenes.

(*Al público.*)

Olvidado el otro amor
les presento mi futura.
Dirá algún espectador
que esta es una *chifladura*
de las de marca mayor.
Pero, pase lo que pase,
no es extraño que me case
con mujer tan hechicera.
¡Chifladuras de esta clase
las puede tener cualquiera!

TELON

EL AFINADOR